

LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL FEMENINA

Por la Srta. MERCEDES RODRIGO

Del Instituto de Reeducación Profesional de Inválidos del Trabajo,
de Madrid

CON verdadera emoción me presento aquí y declaro, sinceramente, que hasta este mismo instante no he sentido con toda claridad la enorme responsabilidad que sobre mí pesa y lo escaso de mis fuerzas ante tan magno problema. En efecto, es indudable que al final de este trabajo debería quedar demostrado que la mujer puede ambicionar el ocupar puestos reservados hasta ahora únicamente a los hombres; que la inteligencia femenina no es inferior a la masculina; que el llamado «sexo débil» es capaz de afrontar situaciones difíciles y otra porción de cosas más, todas ellas favorables, claro está, a mis compañeras de sexo. Pues bien, siendo yo la encargada de hacer resaltar todas las excelencias de la mujer, mucho me temo que ustedes no me crean. Alguien pensará con toda lógica que «para muestra basta un botón» pero yo, en mi descargo, le contestaré que «no hay regla sin excepción».

Es cosa sabida que la Orientación profesional tiene por objeto el encontrar el trabajo que esté más de acuerdo con las aptitudes de un sujeto dado, que le permita ganarse su vida y que, al mismo tiempo, produzca el mayor rendimiento a la Sociedad.

La organización de la Orientación puede hacerse del mismo modo para niños y niñas hasta cierto punto, es decir, en todo lo referente a la organización técnica de la oficina, y en sus líneas generales el problema se plantea de igual modo para ambos sexos. Habrá que tener en cuenta en los dos casos los tres factores principales de toda orientación: el sujeto, la profesión y el mercado de trabajo; pero, variando esencialmente el elemento «sujeto», la Orientación no debe ser practicada por la misma persona. Los niños deben tener un hombre como consejero, pero las niñas *necesitan* que les aconseje una mujer. Creo que en la práctica de la Orientación es posible admitir una orientadora para los muchachos, pero nunca un hombre para las niñas. Son muchas las ocasiones en que se plantean cuestiones de salud, de moral, o de asuntos familiares, que son mucho más fáciles de tratar entre mujeres y que a veces crean situaciones que sólo una mujer puede comprender.

Al decir esto no pretendo en modo alguno herir la susceptibilidad masculina. Nada más lejos de mi pensamiento. Nunca he sostenido, ni creo pueda sostenerse, la idea de la superioridad o inferioridad de un sexo sobre otro. Generalmente, se plantea la cuestión en este terreno más o menos belicoso hasta el punto de que, como dice Heymans «varias defensoras del movimiento feminista, queriendo proteger su sexo contra juicios desfavorables, no encuentran nada más oportuno que reclamar para él todas las propiedades específicamente masculinas, incluso la dureza y el egoísmo». No, no se trata de eso. Los hombres y las mujeres son diferentes, es cierto; pero las diferencias que existen entre ellos no tienen que ser necesariamente de valor. Además, no se re-

fieren a un hombre o a una mujer tomados individualmente, sino al tipo término medio; así, por ejemplo, cuando decimos, y con razón, que las mujeres tienen el cuerpo más pequeño que los hombres, no queremos decir que toda mujer tenga que ser necesariamente más pequeña que todo hombre, y otro tanto podría decirse de otras diferencias propiamente psicológicas existentes entre ambos sexos.

Admitamos, en principio, el que sea la encargada de la Orientación profesional femenina una mujer. Pero, ésta ha de estar dotada de condiciones especiales y poseer a fondo exactos conocimientos psicológicos femeninos, puesto que si ha de poder indicar la manera de vivir y la ruta a seguir por la vida a las muchachas que le pidan su consejo, tiene que basarse para ello, principalmente, en la manera de ser de cada una de ellas, en su propia psicología.

Debe tener presente, por ejemplo, la enorme emotividad de las mujeres, punto de la psicología sexual reconocido unánimemente. Ahora bien, siguiendo la teoría de que los sentimientos fuertes reducen temporalmente, sin excepción, el campo de la consciencia, y reconocida la superioridad emotiva femenina, hay que deducir que dicho campo de consciencia es más reducido en el término medio de las mujeres que en el de los hombres.

Debe recordar también la siguiente frase de Stuart Mill: «Es raro que una mujer se apasione por una abstracción». Ampliando un poco su significado y en el caso de decidida e inquebrantable vocación hacia determinada profesión, para la que no se poseen un mínimo de aptitudes que permitan pronosticar probable éxito, debe indagar con la mayor sagacidad hasta encontrar el recuerdo de la persona, varón o hembra que encarna dicha profesión y cuya admiración, simpatía o afecto determinan esta, quizás pasajera, aunque aparentemente inquebrantable vocación.

En contradicción con la opinión corriente de que las mujeres perciben mejor que los hombres, Lombroso afirma la inferioridad general de la mujer a la sensibilidad, a las excitaciones y la sensibilidad diferencial. Conclusión que está de perfecto acuerdo con la observación hecha por Galtón, de que es muy raro que se empleen las mujeres en los trabajos en que es preciso distinguir diferencias muy pequeñas, como la degustación de vinos, o de té, la afinación de pianos, etc., etc. Es un hecho que, de ser cierto, habrá que tenerlo en cuenta en el momento de la Orientación profesional.

Otro hecho que no deja de carecer de importancia y que convendrá que la persona encargada de hacer la Orientación tenga en cuenta, es el carácter selectivo de la memoria de las mujeres. No retienen más que lo que realmente les interesa. Podrá decirse que lo mismo les ocurre a los hombres, y que toco aquí, sin ser ocasión oportuna, el problema capital de la pedagogía moderna, el del interés. Pero es curioso, no obstante, y he creído oportuno señalarlo.

Nos detendría demasiado el estudio de la inteligencia femenina propiamente dicha, y el buscar las causas de por qué en realidad, tanto en la ciencia como en el arte, ha sido hasta ahora tan pobre la aportación de la mujer, pero, con objeto de salvar el honor del sexo, no quiero dejar de mencionar lo dicho a este respecto por un ilustre psicólogo que ha tenido la amabilidad de atribuir la causa «menos a falta de capacidad que a falta de inclinación, y que puede decirse que se debe más bien a no querer que a no poder».

Aunque al principio hemos dicho que la Orientación profesional se plantea igualmente para los dos sexos, no obstante existen razones de orden físico, moral y social que hacen más difícil y delicada la misión de la Orientación profesional con respecto a las mujeres. Repetimos que hay que tratar con exquisito tacto a las niñas que pidan consejo, para ayudarlas a encontrar una profesión conveniente. Generalmente, no demuestran marcada predilección por determinada profesión. Además, en los países donde tienen ya organizada la Orientación Femenina, se ha demostrado claramente el hecho de que las muchachas que acuden a las Oficinas con objeto de orientarse, lo hacen con la idea preconcebida de aprender un oficio para ejercerlo *únicamente* hasta que se casen, y así como el hombre aprende un oficio o emprende una carrera para hacerse una posición y el matrimonio no interrumpe su vida profesional, sino que, por el contrario, cuando piensa crearse una familia procura avanzar y consolidar más su situación, en cambio, las muchachas piensan dejar el trabajo cuando se casen y, aunque no lo confiesen, les interesa mucho más ser

esposa y madre que trabajar en una oficina o en un taller toda la vida, siendo una de las tareas más delicadas para la orientadora o consejera el buscar las aptitudes y cualidades, despertar el interés por una profesión conveniente por todos conceptos y fortalecer la débil voluntad de estas muchachas que se presentan tan indiferentes,

En realidad, toda mujer debería prepararse para dos profesiones: una que podríamos llamar del hogar, para realizar conscientemente los deberes que impone la vida de familia, y otra buscada de acuerdo con sus aptitudes e inclinaciones para el caso en que se quede sola para afrontar la vida, bien sea de soltera o de viuda.

Finalmente, la persona encargada de hacer la orientación, y esta vez podemos referirnos tanto a los niños como a las niñas, tendrá especial cuidado en que éstos no tomen como base de su elección la preocupación económica, sino la satisfacción interior y la alegría sana y profunda de poder llegar a dominar su propio trabajo. También deberá poner su mayor interés en destruir el prejuicio tan corriente según el cual, precisamente, sólo los niños y niñas que están deficientemente dotados intelectualmente y no pueden avanzar en sus estudios son considerados aptos para aprender un oficio manual.

Todos hemos oído de labios de algún padre palabras por este estilo: «Si mi hijo no sirve para estudiar, le haré que aprenda un oficio». Esto es un error que tiene consecuencias graves de orden económico, y es preciso que la gente comprenda que la mano de obra debe estar formada por gentes capacitadas, si se quiere que florezca la industria nacional.

Si la elección de profesión ha constituido en todo tiempo una cuestión vital para el hombre, actualmente la mujer se encuentra en el mismo caso. Quizá parezca un poco atrevida esta afirmación.

No negamos que la carrera normal de la mujer es el matrimonio y la maternidad. Pero, ¿pueden o quieren seguirla todas? Convendrán conmigo en que no. Además, ¿encuentran ustedes moral el que una muchacha pase toda su juventud sin otra ocupación que la *caza* de marido? Y si no llega a encontrar su media naranja, ¿por qué tener tanto miedo a la mujer culta? ¿Es que encierra más poesía el amor con hache? . . . Stendhal ha dicho: «¿Una mujer que lee el Quijote todos los días, no es más capaz de dirigir una familia que la que hace diez pares de medias y borda cuatro almohadones al año?»

No queremos sustraer a la mujer del hogar, que es donde desempeña su papel esencial, pero debemos hacer todo lo necesario para la que permanece soltera o incluso la madre de familia que queda viuda, abandonada o con su marido enfermo pueda con toda dignidad subvenir a sus necesidades o a las de sus propios hijos.

La Orientación profesional femenina no pretende desnaturalizar la función de la mujer. Una afirmación en contrario la encontramos en la organización del próximo Congreso internacional que tendrá lugar en Burdeos el próximo septiembre, y en el que se estudiará, entre otros problemas, el de la influencia del trabajo profesional de la mujer casada sobre la vida familiar y la natalidad.

Ahora bien. ¿Cuáles son las carreras o profesiones a propósito para la mujer? Existen muy diversas opiniones. En el terreno de las posibilidades, puede decirse que actualmente cualquier profesión masculina es accesible a la mujer. Pero no debe perderse de vista la conveniencia, y, a pesar de la posibilidad teórica de ejercer cualquier profesión, le conviene, en interés propio y en el de la sociedad, limitarse a alguna de ellas solamente, principalmente a aquéllas en que no sólo puede igualar al hombre sino sobrepujarle.

Todas las carreras, todos los oficios, todas las profesiones que exijan actividad, intuición, pasión, rapidez de decisión, paciencia, resistencia; todas las profesiones relacionadas con la emotividad y en las que se trate de hacer algo concreto, son más convenientes para la mujer que para el hombre. Todo lo abstracto y especulativo, todo lo que precisa reflexión, iniciativa, todo lo que se aleja de un objeto vivo y emotivo es más apropiado para la actividad masculina.

Así, pues, tendremos, en primer lugar, todas las profesiones relacionadas con los trabajos propios del hogar, como cocineras, doncellas, cuidado de niños, incluso los trabajos agrícolas, cultivo de flores.

Los hoteles ofrecen también gran cantidad y variedad de ocupaciones que pueden ser confiadas a las mujeres.

Tenemos también las industrias del vestido, con todos sus anejos de fabricación de encajes, bordados, etc., y que, dicho sea de paso, necesitan urgentemente una intervención por parte de los poderes públicos para evitar a todo trance la despiadada explotación a que están sujetas las desgraciadas mujeres que viven del producto de las labores llamadas de aguja.

Las carreras administrativas ofrecen amplio campo a las muchachas de hoy en día. En cuanto a las carreras liberales son preferibles para la mujer aquellas que las ponen en relación con la vida concreta y emotiva, como, por ejemplo, la enseñanza, porque en ella puede dar rienda suelta a su instinto maternal viviendo rodeada de seres indefensos que constantemente necesitan sus cuidados: la medicina, que le permite encontrar el medio de procurar alegrías, de aliviar dolores, de aumentar la vida alrededor de ella; las carreras sociales como enfermera, directora de hogar para huérfanos, inspectora de trabajo, enfermera, etc., que exigen tanta penetración y comprensión al mismo tiempo que una gran ternura; la música, la pintura, la literatura, etc., etc.

Vemos, pues, que existe cierta variedad en las salidas que se le presentan a la mujer, y es conveniente encauzarla, orientarla en la elección de su trabajo profesional, al cual se ve cada día más inclinada, no por motivos de emancipación, como se cree con demasiada frecuencia, sino a causa de la carestía de la vida, del incesante desarrollo de la vida económica e intelectual que ha hecho absolutamente necesario el concurso de la mujer en la industria, en los oficios, en el comercio y en otras diversas manifestaciones de la vida.

Los padres deberían preocuparse tanto de la formación y preparación para la vida de las hijas como la de los hijos. Desgraciadamente, no ocurre así y existen aún hoy inmensa mayoría de ellos que impiden o prohíben a las muchachas el que adquieran una formación completa, consistiendo, en cambio, en que aprendan muy a la ligera unas cuantas cosas, la mayor parte absolutamente inútiles, puesto que jamás llegan a hacer nada bien.

Es de desear, pues, que cada día ayuden más los padres a sus hijos, tanto varones como hembras, a prepararse un porvenir, para lo cual es necesario darles un medio de ganarse la vida mediante un trabajo, sea cual fuere, pero aprendido seriamente, siendo la Orientación profesional la encargada de combatir estos prejuicios.

No tenemos la pretensión, ni mucho menos, de haber agotado el tema. Queda muchísimo por decir, mejor dicho por hacer, pero no es ésta la ocasión. He pretendido modestamente atraer la atención sobre esta cuestión y me daría por satisfecha con que por el solo hecho de haber incluido la Orientación profesional femenina en el programa de este Congreso, se despertara el interés por estos trabajos en algunas mujeres de buena voluntad.

Preparémonos, pues, y estudiemos todos con el mayor cariño los procedimientos que permitan facilitar las condiciones de trabajo de los seres humanos sin distinción de sexo, poniéndolos en condiciones de cumplir plenamente su misión, y no olvidando que, como dijo un filósofo insigne, «la Humanidad es comparable a un pájaro, cuyas dos alas son el hombre y la mujer, el pájaro no puede volar hacia los cielos más que si sus dos alas son igualmente fuertes y van de acuerdo, con movimiento igual y armonioso».
